

La crónica como memoria del conflicto armado colombiano.
Los escogidos y Llanto en el paraíso de Patricia Nieto

*

The chronicles as a memory of the Colombian armed conflict.
Los escogidos and Llanto en el paraíso by Patricia Nieto

Andrés Alexander Puerta Molina
Universidad de Medellín
andrespuerta@udemedellin.edu.co

Alejandra María Laverde Román
Universidad de Medellín
alaverde@udemedellin.edu.co

Resumen

La crónica es un género híbrido, entre el periodismo y la literatura, idóneo para representar el conflicto armado colombiano desde la perspectiva de las víctimas. Puede considerarse una de las narrativas experimentales propuestas por Dominik LaCapra para explorar procesos postraumáticos documentados por la historiografía, que contribuyen en la elaboración del duelo y permite a los lectores una mayor comprensión de la violencia a partir de la empatía. Por ello, se analizan los recursos narrativos utilizados por Patricia Nieto en los libros *Los escogidos* y *Llanto en el paraíso*, a luz de las propuestas de LaCapra. La lectura descriptiva e interpretativa se contrasta con el tratamiento del tema en la narrativa de la Violencia y el estudio del contexto histórico de Colombia para entender cómo los textos analizados logran construir memoria de la violencia y dan cuenta de la experiencia de las víctimas del conflicto en su complejidad humana y no como parte de las estadísticas.

Palabras clave: crónica, conflicto armado, Colombia, trauma histórico, Patricia Nieto.

Abstract

The chronicle is a hybrid genre, between journalism and literature, ideal to represent the Colombian armed conflict from the perspective of the victims. It can be considered one of the experimental narratives proposed by Dominik LaCapra to explore post-traumatic processes documented by historiography and that contribute to the elaboration of the victims' grief and allow readers a greater understanding of violence based on empathy. For this reason, it analyzes the narrative

resources used by Patricia Nieto in the books *Los escogidos* y *Llanto en el paraíso* based on LaCapra's proposals. The descriptive and interpretive reading is contrasted with the treatment of the subject in the narrative of Violence and the study of the historical context of Colombia to understand how the analyzed texts manage to build memory of violence and account for the experience of the victims of the conflict in its human complexity and not as part of the statistics.

Keywords: chronicle, armed conflict, Colombia, historical trauma, Patricia Nieto.

Recibido: 30/08/2022

Aceptado: 10/01/2023

La crónica es un género híbrido, que usa recursos del periodismo y la literatura para intentar contar, de manera más completa y compleja, hechos reales. La denominación viene del vocablo latino *Chronicus*, que significa aquello que sigue el orden del tiempo. En sus inicios, la crónica registraba la sucesión temporal de los hechos, después se fue adaptando a las necesidades de los autores que se interesaron en cómo contar sus historias. Durante años, en esta forma de escritura predominó la narración lineal, en la actualidad conserva el nombre de crónica, porque posee una estructura temporal, aunque no se exige una escritura ordenada linealmente. Es decir, tal como sucede con cualquier narración, de acuerdo con las nociones básicas del formalismo ruso, existe una fábula ordenada lógicamente que se presenta en una trama construida estéticamente. Por lo tanto, se hace uso de saltos temporales como analepsis y prolepsis, de acuerdo con la intención estética del cronista.

Para el teórico español Albert Chillón, este género hace parte del periodismo literario por su interés en la forma en la que se presentan los hechos, lo prefiere a otras denominaciones porque hay una concentración en el componente estético, un “empalabramiento” de la realidad, que permite considerar como formas de literatura a ciertos tipos de periodismo. Una idea que comparte con otros estudiosos como el francés Gerard Genette, para quien no importa de dónde provienen los temas a tratar, lo relevante es la manera en la que se cuentan. Para Antonio Cándido es “Literatura a ras de suelo” ya que se concentra en sucesos secundarios, aparentemente anodinos, sin estridencias ni rimbombancias, muy lejos de las grandes historias que acaparan titulares y portadas. De igual manera, este tipo de relatos exigen la imaginación e interpretación del periodista, ingrediente indispensable para encontrar la estructura más eficaz que permita tener un pie en la realidad y otro en la elaboración discursiva de la Literatura. Para Martín Caparrós la crónica

“[...] es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que uno vive” (Carparrós s/p). Como siempre se naufraga hay que volver a intentarlo y queda una huella. Ese registro es uno de los rasgos fundamentales, ya que permite rastrear las condiciones sociales de una época, la crónica es una forma de memoria. En este tipo de texto es fundamental la mirada y la idea de un autor quien, a través de su manera de filtrar la realidad, nos presenta un retrato de su tiempo.

En América Latina, esta forma de escritura, literaria y periodística, ha recibido un impulso vital. Iniciado con los Cronistas de Indias, pasando por *El Carnero*, que inaugura la crónica de ciudad, las costumbres locales y el registro de un periodo temporal de una comunidad determinada, más tarde, el Modernismo, liderado por Rubén Darío y José Martí, encontró en los periódicos el germen de muchas de sus ideas y la posibilidad de ampliar las concepciones estéticas en los relatos periodísticos, que ambos publicaron en la prensa durante años, los textos periodísticos les posibilitaron un encuentro con el otro que nutrió profundamente su obra. Gabriel García Márquez y otros integrantes del llamado *Boom* latinoamericano encontraron en la prensa una forma de ganarse la vida y de desarrollar ciertas estructuras narrativas que fortalecieron profundamente sus estrategias literarias. Hasta llegar a los llamados Nuevos Cronistas de Indias, una idea de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, que los define como: “Exploradores contemporáneos, viajan por los territorios urbanos y rurales de Hispanoamérica, para descubrir con el rigor de la *reportería* y contar con voz propia las historias tiernas, terribles y también asombrosas de los múltiples nuevos mundos que conviven en nuestras sociedades desiguales” (FNPI s/p). Los cronistas actuales han dejado un testimonio de lo que ocurre, una de las temáticas recurrentes ha sido la violencia y ellos son los que mejor han contado las historias de lo que ha sucedido en sus países, en sus textos resuena la voz de las víctimas, han permitido, a través del análisis, conocer fenómenos, con toda su complejidad, de una manera completa. Este género periodístico y literario se convierte en un espacio privilegiado para reflejar realidades y para explorar maneras de contar las historias. Cabe destacar, y eso es evidente a la hora de entrevistar a los cronistas colombianos y de otras latitudes, un afán, una responsabilidad por escuchar a aquellos que más sufren la violencia, también hay claridad en el asunto cuando se leen los libros y las crónicas sueltas de una generación que ha decidido jugársela por la posición política propia de la crónica, sin descuidar las necesidades formales de sus historias.

*

En Colombia, uno de los ámbitos que mayor reflexión genera sobre la relación entre la historia y la literatura es la violencia, en sus distintas representaciones. Se trata de un fenómeno que permanece referido tanto en los textos históricos como en los de creación literaria en subgéneros como la narrativa de la violencia, la literatura sicaresca (aquella que cuenta las historias de los asesinos a sueldo) o el relato testimonial contemporáneo. Los dos acontecimientos que signan la historia colombiana en la segunda mitad del siglo XX son el período de la violencia y el del narcotráfico. Ambos confluyen también como temática frecuente en la crónica, género que, por su carácter híbrido, ha servido como vehículo para dejar testimonio de la experiencia de quienes han sufrido las consecuencias directas de estos hechos, sin dejar de lado el compromiso con la forma. La crónica, como se entiende en Latinoamérica, se trata de “producciones periodísticas de largo aliento, muy exigentes en términos de investigación e inmersión y con una gran variedad de fuentes” (Palau 964). Por lo que se presenta como el género más conveniente para articular en sus textos, la veracidad de los acontecimientos con el tratamiento estético que permita comprender la experiencia humana de este devenir histórico.

Para el caso colombiano, la crónica ha sido fundamental para dejar una huella de las consecuencias que ha tenido la violencia. Desde un principio, el periodismo tuvo fuertes nexos con la política. Donaldo Alonso Donado Vilorio, en su libro *Crónica anacrónica. Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia* plantea que: “En Colombia, el Estado, los partidos y la prensa tuvieron el mismo origen, pasaron los mismos avatares, se confundieron e imbricaron de tal manera que no es posible hablar de uno sin referirse a los otros dos” (Donado 54). Esta relación marcó la forma en la que se escribían los periódicos, con una prosa panfletaria y opinante. La prensa mantuvo el esquema de servicio al partido al que pertenecía hasta finales del siglo XIX. En este periodo hubo un profundo enfrentamiento entre los partidos políticos más tradicionales de Colombia (Liberal y Conservador), que fue retratado por los periódicos, en los que se exploraron las consecuencias de una confrontación que alcanzó altos niveles de sevicia y que también ha sido ampliamente retratada en la literatura de ficción.

La última década del XIX y la primera del XX, en Colombia, transcurrieron con un escenario en el que dominaban guerras, dictaduras, censuras de prensa, la pérdida de Panamá; todos estos sucesos condicionaron el desarrollo del periodismo que estaba muy lejos del estilo informativo que conocemos hoy. Entre

1910 y 1960 se produjo una eclosión en el periodismo colombiano, en especial en el género de la crónica que alcanzó los máximos niveles de desarrollo, que no volvieron a lograrse en el siglo XX, nombres como Clímaco Soto Borda, Tomás Carrasquilla, Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo, Enrique Santos Montejo, José Joaquín Jiménez, José Antonio Osorio Lizarazo, Alfonso Fuenmayor, Emilia Pardo Umaña, Eduardo Caballero Calderón, Clemente Manuel Zabala, Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, Héctor Rojas Herazo, Eduardo Zalamea Borda, Próspero Morales Pradilla, Rocío Vélez de Piedrahíta o Gonzalo Arango, por mencionar solo algunos, pusieron en notas de molde una época de la crónica colombiana. Después hubo herederos como Germán Santamaría, Juan José Hoyos, Germán Castro Caycedo o Ernesto McCausland, todos ellos exploraron el tópico de la violencia, íntimamente ligado al ejercicio del periodismo narrativo colombiano. No es gratuito que el último libro periodístico de Gabriel García Márquez, *Noticia de un secuestro*, haya explorado los rigores de la época del narcotráfico. Igualmente, en la contemporaneidad, algunos de los cronistas más destacados como: Alberto Salcedo Ramos, Juan Miguel Álvarez, José Guarnizo o Patricia Nieto han trabajado ampliamente el tema de la violencia, a través del género de la crónica, han dejado un retrato de los rigores del conflicto, les han dado voz a las víctimas, al tiempo que han producido páginas con una alta calidad estética.

La crónica es un tipo de texto que contribuye a una mejor comprensión de los hechos históricos más allá de lo informativo, pero también de lo literario. Ese punto intermedio que propone lo convierte en un medio de conocimiento de las situaciones y de las experiencias de quienes las vivieron. En sus textos confluyen distintas disciplinas que contribuyen a construir una memoria de lo ocurrido. Al centrarse en las víctimas establece una posición política clara porque conocemos sus versiones, deja en evidencia las contradicciones de los poderosos y constata la carencia en el rigor de los medios de comunicación tradicionales. Es un tipo de periodismo literario que requiere tiempo para la investigación, la escritura, la edición y que trata de entender un fenómeno para después escribirlo de una forma original, a la vez que intenta encontrar ángulos inexplorados de las historias.

Asimismo, va más allá de un afán informativo mediante cuatro estrategias concretas (Poblete 96). La primera es su capacidad de incluir lo coyuntural en una corriente de acciones sostenida en el tiempo y le permite vincular los distintos hechos noticiosos para comprenderlos como expresiones de un complejo entramado de factores que constituyen tanto los antecedentes como el contexto. Sitúa los hechos concretos en el devenir histórico, lo que lleva a que sean comprendidos más allá de una funcionalidad inmediata. La segunda estrategia es apelar a constantes humanas

universales. La tercera es el enfoque de la realidad desde el punto de vista propio del cronista. El uso del Yo está presente no como pronombre sino como mirada. En la crónica se da una distinción entre el autor y el narrador de un modo cercano a lo literario. La cuarta habla del tratamiento estético en la construcción del texto. La crónica se apropia de recursos narrativos que se han asociado a la ficción y se distancia del periodismo informativo. Este aspecto denota una posición ética ante lo que se narra.

Una de las cronistas contemporáneas que mejor da cuenta de lo que ha sucedido con la violencia en Colombia es Patricia Nieto Nieto. En sus libros *Los escogidos* y *Llanto en el paraíso* ha dejado el testimonio de las víctimas, ha visitado los lugares abandonados por el Estado que han sido castigados por la tragedia. Por sus textos podemos conocer lo ocurrido, reflexionarlo e intentar entenderlo. El presente artículo se ocupa de estudiarlos en relación con las estrategias propuestas por Patricia Poblete Alday y a la luz de los conceptos de Trauma histórico, trabajados por Dominick Lacapra en el libro *Escribir la historia, escribir el trauma*, para entender asuntos fundamentales como: el *Acting out*, la elaboración, el duelo, la empatía, el desasosiego empático y las narrativas experimentales que apoyan la exploración de los procesos postraumáticos documentados por la historiografía.

De igual manera, se contrasta con las representaciones que ha tenido el tema de la violencia en la ficción y en la no ficción. En este caso, se trató de comparar, brevemente, el tratamiento literario que se le ha dado al tema dentro de la narrativa ficcional, el cual configura dos tipos de novela —de la violencia y sobre la violencia— en contraste con el que propone la crónica sobre el mismo fenómeno histórico.

*

La violencia es un tema central de la crónica en Colombia, sus consecuencias y particularidades han sido recurrentes en el relato de los cronistas colombianos. Patricia Nieto es un buen ejemplo de este trabajo que deja un testimonio de lo sucedido. Es una escritora constante, disciplinada y respetuosa con las víctimas, que intenta darles una voz y trabajar los temas desde la empatía planteada por Lacapra. Publicó sus historias en periódicos y revistas, pero también se ha dedicado a la academia sin olvidar su compromiso permanente con la escritura.

Uno de sus libros de crónicas más complejos y dolorosos, debido a su temática, es *Los escogidos*, en el que cuenta la historia de los NN, los cadáveres sin nombre que navegan sin rumbo por el río Magdalena. En Puerto Berrío, un pueblo a unas cuatro horas de Medellín, los habitantes han instaurado la costumbre de adoptar

estos cuerpos, les prometen misas y oraciones y a cambio esperan que los difuntos les concedan milagros, los salven de los peligros o, simplemente, los convierten en “compañeros de viaje”. Este libro tiene un gran mérito investigativo, está escrito con un profundo respeto por quienes han sufrido en carne propia el conflicto y, además, con una prosa limpia y un punto de vista centrado en la peculiar relación que los habitantes del pueblo construyen con los cadáveres como una expresión inesperada de la violencia. Son cuatro capítulos titulados: “Es un muerto del agua”; “Y hallaron dolientes, uno para cada uno”; “¿Llamaste a tu mamá en el último minuto?” y “En la puerta de ese más allá”. Cada uno está precedido por una fotografía que da cuenta de la veracidad de los hechos e ilustra las escenas descritas. La primera imagen de una lápida con el nombre Milagros tiene coloridas flores artificiales que la adornan y genera una serie de interrogantes en la autora que son compartidas con el lector: “¿Quién yace en la primera bóveda de este albergue de los olvidados. De cuál linaje se desgranó sin dejar huella. Cómo se llama el que allí se deshace mientras pasa el tiempo. Cuáles palabras susurró o –quizá– gritó mientras le quitaban la vida. Quién lo busca. Por dónde vagan los que lo lloran. Cómo llego a este puerto de cuerpos sin nombre?” (Nieto 17).

Preguntas que resumen la extraña costumbre de un pueblo que refleja la necesidad de elaborar el trauma histórico (en la idea de LaCapra), que la violencia ha significado para los habitantes de estas zonas acorraladas por la guerra. Un doble duelo se presenta en estas primeras historias al retratar la suerte del hombre, mujer o niño asesinado, al que se le ha arrebatado su identidad, mientras se insinúa el dolor de sus familiares que aún los buscan o han perdido la esperanza de encontrarlos. Finalmente, se pregunta también por el otro, ese desconocido que también es víctima del terror, aquellos que han visto bajar por el río los cuerpos sin nombre desde 1948:

Al lado de los desheredados han encontrado lecho los cuerpos inflados, perforados, picoteados que el río deja en playas oscuras desde 1948 más o menos. Los pescadores se cansaron de verlos deshacerse en jirones a la orilla del río. Hoy son colección y propiedad temporal de un pueblo católico que no solo los invoca a cada minuto. Los rescata, les quita el lodo con tapones de esparto, los nombra, los sepulta y adorna sus tumbas como queriendo señalar que la muerte hace vibrar la vida (Nieto 20).

Este fragmento no solo muestra un panorama sombrío de la Violencia en Colombia, sino que lo enmarca en un contexto temporal concreto al mencionar el año de 1948, en el que fue asesinado el caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, un hecho

que recrudesció el conflicto entre liberales y conservadores, los muertos anónimos comenzaron a aparecer en las zanjas y a alimentar el caudal de los ríos. Este fragmento tiene todos los aspectos que destaca Patricia Poblete en la crónica, ya que incluye el contexto histórico, se apela a esas constantes humanas que han sido propias de la reflexión profunda asociada a la literatura de ficción, es claro el punto de vista y podemos rastrear el tratamiento estético. Todos estos recursos también están presentes en otro libro fundamental de Patricia Nieto *Llanto en el paraíso*, como cuando habla de una toma guerrillera en el municipio de Caicedo, al occidente de Antioquia:

En Colombia las banderas blancas no son símbolos de paz sino certeras señales de guerra. La bandera blanca se levanta entre las ruinas del templo para anunciar que Caicedo, fundado en la cordillera que hoy es cruce de caminos entre el Suroeste, el Occidente y el Urabá antioqueños, es escenario en disputa. Guerrilleros de las FARC, el grupo subversivo más antiguo de Colombia, paramilitares de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, con raíces en la década del 80, y los hombres de las Fuerzas Armadas Colombianas intentan controlar un poblado campesino, pobre y frío que les daría paso hacia regiones que prometen selvas vírgenes con toda su riqueza o caminos a los océanos o acceso al centro de país (Nieto 25).

En este fragmento podemos encontrar un contexto histórico (como lo indica Patricia Poblete), que nos acerca a los rigores del conflicto en Colombia, la confrontación entre guerrilleros y paramilitares es uno de los temas que más trabaja Patricia Nieto, entre las décadas del 60 y el 2000 los grupos guerrilleros extendieron su accionar y en los 90 surgieron los grupos paramilitares que se enfrentaron con la guerrilla. Históricamente, Colombia es un país en eterno conflicto desde su fundación, pero ha habido momentos críticos como el que precede el asesinato de Gaitán. Esta época es conocida como la Violencia (con mayúscula), para significar la alevosía y la sofisticación de la crueldad, que produjo unos 300 mil muertos. Este acontecimiento histórico-político constituye un material fundamental para la literatura colombiana, dado que se escriben setenta novelas alrededor de esta problemática entre 1949 y 1967 (Escobar 142).

Para los estudiosos de la literatura es claro que “La violencia y sus profundas repercusiones socioculturales causaron un despertar en la novelística colombiana. Aunque, según el investigador Escobar, son obras que difieren en sus “calidades” estéticas” (Escobar 115); en tanto que un buen número de ellas no pasa de ser testimonio, un recuento de los abusos, las torturas, las muertes y las formas de

infigirla, sin reflexiones ni elaboración artística del discurso. Justo en este punto es que aparece una de las diferencias que establece la crónica y en el que se centra Patricia Poblete, la crónica no es un simple recuento de tragedias, en ella está el punto de vista del cronista, que determina la mirada que tiene sobre las temáticas, como se puede evidenciar en este fragmento de *Llanto en el paraíso*:

De San Francisco quedó la cabeza. La Dolorosa partida en tres le arranca un suspiro. El Eccehomo, macizo y musculoso, quedó reducido a un hombre y a un trozo de cabeza. De las quince estaciones solo quedaron pedazos de yeso. El Divino Niño es hoy apenas una tela de algodón donde se insinúan las formas de un bebé rosado y robusto. María Auxiliadora y la Santísima Trinidad se fundieron en una masa de cal. El Señor Caído, que custodia los linderos con el cuartel de la Policía, quedó en trizas. Santa Ana, de noventa años; San Gabriel; San Antonio y el pesebre ya no existen. Solo el Santo Cristo; tallado en cedro rojo hace ciento tres años, pudo recuperarse después de rodar cien metros por un despeñadero sembrado de café (Nieto 27).

Esta cita muestra la destrucción que deja el conflicto, se enfoca en un hecho secundario, pero que da una dimensión de lo que pasa, da cuenta del punto de vista y se distancia de las principales críticas que se le hicieron a la novela de la violencia, quizás el antecedente literario más claro en la historia de la literatura colombiana para las distintas expresiones posteriores como la novela sobre el narcotráfico o la que se centra en el fenómeno del sicariato, que se han convertido en fenómenos editoriales y en fuente de inspiración para películas y series. La violencia, tantas veces cambiante, permea la narrativa nacional hasta el punto de ser considerada la iniciadora de una tradición literaria y trasciende a otras formas de relato del país como la narrativa cinematográfica, a esta conclusión llega el texto *De la novela colombiana al cine* que estudia las obras literarias llevadas a la pantalla grande entre 1920 y 2008:

Las [...] obras ilustran momentos específicos de la historia del país, las guerras fundacionales, la época de la Violencia con el enfrentamiento entre partidos políticos y el surgimiento de los grupos guerrilleros, el sicariato, el narcotráfico, así como temas relevantes para la comprensión de las dinámicas sociales, políticas, urbanas y rurales del país; de su evolución histórica y sus habitantes (Laverde et al. 236-237).

Si bien la literatura de la Violencia es aquella que trata el fenómeno referido al periodo histórico así nombrado y que se centra en el enfrentamiento entre los par-

tidos políticos Conservador y Liberal. Lo cierto es que, en sentido amplio, también ha sido entendida en la historia literaria del país como aquella que comparte este tema en común, ya sea expresado en la literatura sobre violencia política, la del narcotráfico y el sicariato o en la de la narrativa testimonial. En la medida en la que esta última se ocupa de temas y personajes marginados, que han sufrido injusticias, agresiones y violencia, en general, dentro de un país que soportó los excesos del conflicto interno más allá del enfrentamiento bipartidista. Es en este contexto en el que la crónica, como género híbrido entre lo literario y lo periodístico, representa una oportunidad para dejar testimonio de la violencia desde el punto de vista de las víctimas que reflejan en sus experiencias ciertas constantes universales sobre la elaboración del miedo, pero además hay una preocupación por la estructura formal a partir de un tratamiento estético como lo postula Poblete.

Después de superar los conflictos entre partidos, se presentó una larga confrontación armada que aún no termina y ha involucrado a las fuerzas regulares del Estado, a las guerrillas y los grupos paramilitares que, en muchos casos, actuaron con el apoyo de las fuerzas estatales. Los libros de Patricia Nieto no se concentran únicamente en los muertos, también dan cuenta de las consecuencias de la violencia y la ausencia del otro. Nieto no toma la distancia aséptica que se recomienda practicar en el periodismo informativo ni la corriente más clásica de la historiografía; al contrario, se involucra, cuestiona e interroga. Este asunto se relaciona directamente con los postulados de Dominick LaCapra al hablar de las narrativas que contribuyen a la elaboración del duelo, cuando plantea que deben constituirse en “narrativas que no sean meramente redentoras sino más experimentales, narrativas que se interroguen y nos interroguen” (LaCapra 185), este ejercicio genuino genera empatía y cercanía con el lector está presente en el libro *Los escogidos*:

Repaso la tumba de Milagros: plana, tersa. Pienso en escogerla ¿Será frío el vínculo con los muertos. Con cuál lenguaje se les hablará. Por qué tatuar mi mente con la presencia severa de un ene ene. Podré sobrevivir a la certeza de jamás conocer el origen de ese que no me habla. Seré capaz de conversar con el ánimo de un desconocido. Soportaré la familiaridad con el más allá. Tendrá calma mi ser después de imaginar de mil maneras su minuto final. A quién amaré cuando lo invoque. Podré compartir el espacio con los espíritus. Para qué ingresar en el mundo de los muertos de la guerra arrullados por el agua? Desisto (Nieto 20).

Sus textos no entran en el modelo de investigación autosuficiente o documental seguido por la historiografía, de acuerdo con sus intereses por una profesionali-

zación de la historia y en un afán diferenciador con la literatura, como se puede percibir en la siguiente cita de *Llanto en el paraíso*:

Uno de los guerrilleros sacó de su mochila cuchillas de afeitar, se las repartió a sus compañeros y se acercó amenazante, con esa pequeña arma, a uno de los agentes. Lo sujetó con fuerza por el cuello de la camisa y comenzó a deslizar la cuchilla por la tela. En pocos minutos los uniformes de los agentes quedaron en hilachas. Monseñor López continuó ahí, como guardián de un grupo de vencidos, sedientos y andrajosos (Nieto 28).

El punto de vista con el que Nieto trabaja este fragmento muestra el deseo de minar la dignidad del contrario, una de las constantes universales con las cuales se genera el proceso de empatía descrito por LaCapra y Poblete. Asimismo, en los libros de Nieto también se encuentran reivindicaciones de la verdad en estructuras narrativas que, sin caer en ese exceso, van más allá del constructivismo radical de la identificación de la historia con la ficcionalización (LaCapra 31-38) y permiten expresarlas en el nivel estructural de la lengua mediante el lenguaje narrativo.

Una de las características mayormente aceptadas de la crónica como género (Franco 191-218) es la subjetividad del autor, tal como en el fragmento anterior, construida a partir del punto de vista de la cronista sobre el tema (algo en lo que también insiste Poblete como rasgo diferencial de este tipo de relato), allí no esconde su presencia en la narración. Las descripciones que Nieto presenta en el texto son producto de su perspectiva personal y nos ayudan a entender la costumbre instaurada entre los habitantes de los pueblos en la ribera del Magdalena. Y así tener una real dimensión de las irregularidades del conflicto armado colombiano, en el que las personas adoptan muertos y los niños cambian sus juguetes por fusiles como se describe en *Los escogidos*: “Los niños de diez años, más o menos, pasaban sus veranos con fusiles G3 a su cargo; y los mayores, con metralletas 0.30 a la espalda” (Nieto 40) o tienen el infortunio de pescar entre sus redes un cadáver insepulto:

Lo visto no le pareció conocido. Se acercó, lo palpó y supo que no era piel de animal de río. Con solo tocarlo, las carnes se deshacían. Lo rodeó a nado y lo exploró. Era el cuerpo de un hombre boca arriba, desnudo, con la cabellera revuelta y los dedos descarnados. Solo en la superficie, cuando recuperó el aliento, se dio cuenta de que lloraba como el niño que era (Nieto 23).

El conflicto armado en Colombia se extendió por todo el territorio nacional, 31 de los 32 departamentos del país terminaron sembrados con minas antipersonal,

veredas, caseríos, corregimientos, pueblos y ciudades sintieron el rigor de la guerra. Estas situaciones quedan reflejadas en *Los escogidos* cuando describe cómo Puerto Berrío, al igual que muchos otros pueblos, vivió una época de esplendor cuando los ríos eran navegables y por sus aguas se movía el progreso del país, llegaban las maquinarias y eran motores del comercio; después, se llenaron de sedimento y fueron inundados por la muerte que fue apoderándose de sus cauces. Así lo describen los textos de Nieto, que sacuden, cuestionan y obligan a la reflexión, al vincularse a la mirada de quien vive esta experiencia. En la no ficción también se busca conectar con las emociones del lector, sacudirlo, dialogar con él.

Estos textos están cargados de una mirada desde la empatía hacia las víctimas, contraria a la corriente de la historiografía centrada en la objetividad, también propia del periodismo informativo. La misma lógica que favorece el rechazo de la empatía porque la reduce a la identificación sin cuestionamientos, en otras palabras, en una fusión del yo y del otro (LaCapra 60-61). Sin embargo, en temas como este en los que se ponen en cuestión los problemas relacionados con el trauma histórico y se hace evidente la función del trauma en la cultura, es necesaria una estrategia que considere el papel de la empatía en la comprensión histórica, tal como lo plantea LaCapra (60). Comprensión fundamental en situaciones como las experiencias vividas por los habitantes de Puerto Berrío, que presentan nuevas elaboraciones del duelo a partir de ritos fúnebres que fusionan las creencias religiosas del catolicismo con algunos elementos populares y generan como resultado esta particular relación con la muerte, que va más allá de la elaboración del trauma y tiene consecuencias en las posturas religiosas y políticas de distintas generaciones e, incluso, influencia en poblaciones aledañas que adquieren las mismas prácticas.

Sin embargo, es necesario reconocer que el distanciarse de la perspectiva objetiva que omite la empatía y la respuesta afectiva en la investigación histórica, por priorizar un abordaje netamente cognitivo de los acontecimientos. No debe nunca caer en el exceso que, más allá de la empatía, se deja llevar por la fusión del yo en el otro. Tal como se ha hecho evidente en la representación de la Violencia de cierta ficción literaria según la caracteriza Augusto Escobar. El académico propone que la literatura del fenómeno de la Violencia se puede entender como producto de reflexión sobre los sucesos histórico-políticos acaecidos después de 1948 y su desarrollo hasta la actualidad. Y que, de acuerdo con su tratamiento, da lugar a dos tipologías textuales relacionadas con su etapa de surgimiento. Por ello, en una primera fase esta literatura es escrita por quienes ya sea porque la vivieron directamente, porque fueron muy cercanos a quienes la sufrieron o porque pretendían defender un color político, se quedaron en la denuncia, el señalamiento y el memorial de agravios, sin mayor análisis de lo sucedido, porque: “Nace [...], tan adherida

a la realidad histórica que la refleja mecánicamente y se ve mediatizada por esos acontecimientos cruentos, para (en una segunda fase) dar paso a otra literatura que reelabora la Violencia ficcionándola, reinventándola, generando otras muchas formas de expresarla” (Escobar 324).

Estas posiciones críticas han dado lugar a distintas formas de definir este tipo de literatura. Escobar sostiene que no deben quedarse en el registro histórico de la Violencia o “en el exhaustivo inventario de radiografías de las víctimas apaleadas” (Escobar 132). Coincide con esta posición Gabriel García Márquez, quien en el artículo *Dos o tres cosas sobre la novela de la Violencia* era consciente de la manera poco afortunada en la que los primeros escritores se acercaron al tema. García Márquez afirma que los escritores más preocupados por la denuncia política no se tomaron el tiempo de aprender a escribir una novela:

Había que esperar que los mejores narradores de la violencia fueran sus testigos. Pero el caso parece ser que estos se dieron cuenta de que estaban en presencia de una gran novela y no tuvieron la serenidad ni la paciencia, pero ni siquiera la astucia, de tomarse el tiempo que necesitaban para aprender a escribirla. No teniendo en Colombia una tradición que continuar, tenían que empezar por el principio, y no se empieza una tradición literaria en veinticuatro horas (García Márquez 16).

De igual manera, Laura Restrepo concuerda con la idea de la precariedad de la literatura escrita sobre el tema. Especialmente en los primeros años de esta expresión literaria, cuando los hechos ocurrían paralelos y con muy poco distanciamiento de los autores quienes escribieron sobre aquello que atestiguaron. Sin embargo, asegura que no deja de valorarse el hecho de que los escritores colombianos se hayan sentido llamados a documentar los hechos presenciados en este periodo fundamental para la historia del país.

Es innegable que, desde un punto de vista estrictamente literario, es deficiente, por lo general, esta literatura inicial de la “Violencia”; pero también es evidente que tiene el gran interés de ser una respuesta literaria masiva que surge a la luz de los propios acontecimientos, plasmándolos en vivo; quizás por primera vez en Colombia la literatura, en forma generalizada, se integraba a la realidad, desenvolviéndose paralelamente con los hechos (Restrepo 125-126).

Puede concluirse, a partir de estas críticas que, pese a sus falencias literarias, la novela de la Violencia significó una oportunidad de visibilizar el tema. Un aspecto crucial, también, en los propósitos de la crónica, que muestra un componente

humano y relata el drama de personas inmersas en el conflicto, pero, a diferencia de las falencias señaladas, la crónica usa, como lo señala Poblete, el contexto y el tratamiento estético de las situaciones. Escobar plantea dos subclasificaciones sobre el tema de la Violencia partidista en la literatura, relacionados con el tratamiento que se le da. La de ese primer momento es denominada la literatura de la Violencia:

La llamamos así cuando hay un predominio del testimonio, de la anécdota sobre el hecho estético. En esta novelística no importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa, sino los hechos, el contar sin importar el cómo. Lo único que motiva es el manejo de una tesis. No hay conciencia artística previa a la escritura; hay más bien una irresponsabilidad estética frente a la intención clara de la denuncia (Escobar 101).

Esta literatura enfatiza el carácter verídico de los hechos, se denota el material sobre el que se construye, con relatos crudos acerca de los acontecimientos, las descripciones de las muertes, las torturas, masacres “los nombres de la mayoría de esas novelas *de* la Violencia enuncian la naturaleza de su materia narrativa, están ligadas a la contingencia de lo que sigue” (Escobar 102). En este tipo de relatos, la forma literaria queda desplazada ante la necesidad de denuncia del escritor o ante su compromiso político.

*

En contraste con las obras *de* la Violencia encontramos otras que Escobar denomina *sobre* la Violencia, que han tomado distancia del hecho y lo examinan desde otra perspectiva. Se logra una mirada más literaria, no tan ligada al hecho histórico, con una mayor ficcionalización de los acontecimientos “Aquí no importa tanto lo narrado como la manera de narrar” (Escobar 107).

Por lo anterior, se entiende la literatura *sobre* la Violencia como aquella que realiza una reflexión más profunda sobre los hechos y las personas inmersas dentro de lo acontecido e involucradas dentro del conflicto. Estas obras logran un tratamiento más literario que histórico y más ficcional que testimonial. El acontecimiento como tal no sería de interés para el escritor, la violencia le importa como una manifestación compleja de la realidad nacional y no como un hecho único, no es el acto de violencia sino sus consecuencias, relaciones, todo aquello que indague con mayor hondura sobre el fenómeno. Según Escobar, es necesario un distanciamien-

to emocional y temporal del hecho, por ello los escritores que vienen después de aquellos de la generación “*de la Violencia*” son los mejor preparados para escribir con mayor crítica y reflexión sobre el tema.

No obstante, debe recordarse que el tema de la Violencia no es un asunto de fácil tratamiento no solo por aquellos que presenciaron los cruentos hechos ocurridos, sino porque tras este tipo de novela subyace un compromiso social del escritor que aborda el tema, por ello, se complica aún más el límite entre lo testimonial, el despliegue demagógico o la recreación literaria de los hechos. Ese es uno de los cambios notables en la manera de representar el tema del conflicto armado en Colombia en la ficción y en la no ficción. La crónica sobre la violencia consolida una perspectiva narrativa que ya se venía presentando en la novela y que daba origen a las mencionadas clasificaciones de acuerdo con su tratamiento del tema. Es así como estas características de la literatura *sobre* la Violencia son compartidas por la crónica que, aunque no tiene el componente ficcional, sí realiza una reflexión más profunda de los hechos, se aparta de lo meramente informativo y tiene un componente subjetivo determinado por la mirada del autor (el punto de vista que menciona Poblete), por la idea de realizar una representación de la realidad. Para la crónica son importantes los acontecimientos, pero lo son aún más los protagonistas, además no se trata de la violencia como acto sino del análisis de sus consecuencias y cómo se convierten en una manifestación compleja de la realidad nacional. No hay un simple registro, hay un interés por indagar el fenómeno de manera más profunda y un interés por lo literario.

En las crónicas de Patricia Nieto se encuentra ese punto intermedio entre un necesario desasosiego empático para tratar discursivamente estos sucesos traumáticos sin suprimir la empatía necesaria para darle voz a las víctimas y a la posición del sujeto que experimenta directa o indirectamente estos acontecimientos. En este punto la obra de Nieto también se toca con los planteamientos de Dominick LaCapra cuando expresa que “[...] uno de los objetivos de la historiografía en cuanto a elaboración es el intento de devolver a las víctimas, en la medida de lo posible, la dignidad que le arrebataron sus opresores” (LaCapra 85). Una de las virtudes que tiene la crónica es su afán por dejar una memoria de la época en la que fue escrita, por convertirse en un testimonio de su tiempo, en una forma de preservar la Historia. Aunque se particularice el drama de unos protagonistas, de fondo, se puede entender el drama de toda una comunidad, como se puede evidenciar en esta cita de *Los Escogidos*:

Una noche de 1979, mientras los concejales de Puerto Berrío compartían una fiesta con ganaderos y terratenientes de la región, un hombre se dirigió a los

presentes para anunciarles que esa noche celebraban el nacimiento, en Puerto Berrío y Puerto Boyacá, de un movimiento que cambiaría la historia de Colombia. El movimiento era el MAS, Muerte a Secuestradores, auspiciado por Pablo Escobar que ya tendía las redes del narcotráfico por esas tierras. Y el que hablaba era Ernesto Báez, convertido años después en uno de los jefes de las Autodefensas Unidas de Colombia (Nieto 41).

En este fragmento encontramos las pistas claras de cómo se fueron conformando los grupos paramilitares, que recrudecieron el conflicto armado en Colombia, en el que los distintos grupos armados cometieron atrocidades. Un conflicto complejo que la crónica nos muestra para permitirnos entender estas realidades externas tanto como las consecuencias que los hechos generan en quienes las experimentan, a partir de documentar y reflexionar sobre las manifestaciones culturales surgidas como parte de la elaboración del trauma en estas poblaciones.

En el libro *Los escogidos* hay aspectos muy relevantes en este sentido, específicamente, documentadas en las extrañas prácticas a las que induce la cercanía permanente con la muerte. El segundo capítulo del libro es precedido por una fotografía de los nichos del cementerio de los NN, algunos con nombres otorgados por el adoptante o el funerario del pueblo, está conformado por crónicas que relatan la experiencia de los vivos que, por distintas circunstancias, se vinculan para siempre al cadáver de un desconocido. Estas vivencias se narran en un contexto que permite comprender estos actos como consecuencia de la violencia generada por distintos grupos armados en estos territorios e inicia con el testimonio de uno de los jóvenes que ha adoptado esta costumbre:

‘En 1988, cuando yo jugaba, el carro andaba por ahí’, denuncia. Era una camioneta de vidrios oscuros. Recorría los pueblos del río para disciplinar a plomo a quienes no obedecían a los amos de la guerra: a veces eran militares; otras, autodefensas; y luego se nombraron MAS, Muerte a Secuestradores. El rugido de la camioneta abriéndose paso por las calles de Puerto Berrío era anuncio de tragedia (Nieto 49).

Acá hay un rastro del contexto en el que se desenvuelve el conflicto colombiano (tan importante en las estrategias narrativas señaladas por Poblete), para Patricia Nieto es fundamental la investigación, el recuento minucioso de la información y también es importante la devolución de la dignidad a las víctimas que plantea LaCapra:

A las seis de la mañana, cuando ya no se escuchaban ráfagas ni gritos, los caicedeños comenzaron a salir de sus casas. Algunos guerrilleros descansaban en el parque después de una extenuante noche y otros enjuiciaban al agente Antonio González, el único que permaneció en el comando hasta el amanecer, el que combatió hasta cuando le duró la munición, el que cubrió la huida de sus compañeros, el que esperaba el nacimiento de su tercer hijo. Contra el paredón, el agente héroe, el artesano que fabricaba juguetes de madera para alegrar la Navidad de los pobres, el decorador que montaba un pesebre en cualquier manga, el muchacho que cumplía religiosamente la cita en la peluquería de Ligia Mariaca, respiraba agitado por el pánico (Nieto, Llanto en el paraíso 32).

Este apartado nos muestra quién fue Antonio González, su papel de resistencia frente a los guerrilleros, sus costumbres. No es solo un nombre, es un padre, un esposo y un compañero que no tiene más opción que mostrarse valiente ante la situación extrema que le tocó vivir y. Gracias a estas descripciones Nieto logra plasmar la dimensión humana del conflicto, más allá de las cifras y los hechos históricos.

En nuestras sociedades, la muerte tiene unas ceremonias de carácter privado, pero cuando no hay familiares que reclamen al muerto, se pierden ciertos límites de la intimidad. Este perfil se hace más evidente cuando se extienden las ceremonias, los rituales, las costumbres, cuando se entra en una cotidianidad, en un ejercicio de cofradía y familiaridad con los difuntos. La práctica de personas que deciden adoptar cadáveres muestra el perfil psicológico tan complejo al que se llega cuando la degradación se normaliza:

Los adoptantes, sentados a la vera del pabellón y recostados a la fila de lápidas, imaginan lo que vendrá. Darle un nombre para llamarlo, prestarle su apellido para que se sientan en casa, imaginarle un rostro de modo que conversar con él no parezca cosa de otro mundo, contarle su vida como si desgranara una mazorca, rezar todos los días por el descanso de su alma en el entendido de que se encuentra en tránsito y no ya condenada en el infierno, prometerle favores a cambio de ayuda, y cumplirle cada promesa a tiempo y con precisión (Nieto 46).

El tercer capítulo de *Los escogidos* está precedido de una fotografía en la que una antropóloga forense termina de reconstruir el esqueleto de un hombre al que trata de identificar. Está conformado por tres crónicas, dos de ellas relatan la experiencia del retorno a casa de dos NN identificados. En una trágica armonía, describe

a una madre que ha recuperado los restos de su hijo y de un hijo que ha hecho lo propio con los de su madre. En estas narraciones también aparece el recurso de los interrogantes, algunos de los cuales no podrán contestarse nunca. Sin embargo, son preguntas que reconstruyen la escena para el lector. No son palabras que describen fríamente el cadáver de una víctima más de la violencia, es la atmósfera, son las acciones, es el lugar y el momento en que se dio esa muerte, detalles que llevan al lector a comprender las emociones que embargan a quien es violentado, lo acercan a ese drama particular, le dan un nombre, generan una identificación, rescatan su historia en contra del olvido. Interrogarlo, aunque con la conciencia de que no se obtendrá una respuesta, le otorga, además, esa dimensión humana de la cual lo despojaron sus victimarios. Se trata de una estrategia que no niega la implicación transferencial con el objeto de estudio ni elude la cuestión de las interacciones concretas y deseables entre el yo y el otro. Tal como lo plantea LaCapra (60-61), en este caso, explícitamente incluidas en las posibilidades que permite el uso de la voz media discursiva: “¿Ya se ponía el sol cuándo te mataron. Viste la cara del asesino. Cómo se llama aquel que ordenó tu muerte. Suplicaste piedad [...] Te hirió las muñecas el alambre dulce con el que las amarraron [...] Te negaron el tiro de gracia antes de cortar tus carnes. El pánico te secó las lágrimas. Llamaste a tu mamá en el último minuto?” (Nieto 75).

Estos interrogantes también tienen una relación directa con las narrativas más experimentales no redentoras, que propone LaCapra, y que “intentan avenirse al trauma en un contexto postraumático, de distintas maneras implican *acting out* y elaboración. Desde esta perspectiva se puede contemplar buena parte de la literatura y el arte moderno como una suerte de puerto seguro desde el cual es posible explorar los efectos postraumáticos” (LaCapra 186).

El *acting out* implica una forma de vivencia del dolor que no permite la superación, que tiene que ver con la negación, con la repetición, “[...] suelen volver a vivir el pasado, están acosados por fantasmas o transitan el presente como si estuvieran todavía en el pasado” (LaCapra 156). Por su parte, la elaboración está relacionada con la superación de los hechos traumáticos:

A través de la elaboración, el individuo intenta adquirir una distancia crítica con respecto a algún problema y procura discriminar el pasado del presente y el futuro. Para decirlo en términos más que simplificados: para la víctima, elaborar el trauma implica la capacidad de decirse: “Sí, eso es lo que me ocurrió. Fue algo penoso, abrumador y quizás nunca pueda superarlo totalmente, pero vivo aquí y ahora y este presente es distinto de aquello” (LaCapra 157).

Patricia Nieto muestra el caso de las personas que están en las dos orillas y los involucra con el lector, a través de diversos recursos como el uso de escenas, que acercan el drama de los protagonistas y le permiten al lector una mayor empatía porque no está presente la voz de un narrador, se elimina la presencia de intermediarios y configura un proceso de identificación con la experiencia del personaje. “El lector está en primera fila como testigo de lo que pasa. Hay imágenes y sonidos, además que se percibe el estado de ánimo de los personajes sin necesidad de explicarlo” (Puerta 53). A partir de la recuperación del testimonio de las víctimas, Nieto se da a la tarea de configurarlos como personajes mediante la descripción de las situaciones en las que se ven inmersos. El lector, entonces, logra una comprensión vívida de la experiencia que se relata y se acerca emocionalmente a las situaciones. Las escenas reviven el drama de las víctimas del conflicto, por ejemplo, el de una madre que, por fin, puede recuperar los huesos de su hijo:

Robinson tiene de nuevo un torso para abrazar. Pero no es posible. Las cintas de seguridad impiden el paso de su madre y ella tampoco quiere hacerlo. ‘Lo cargué en mis piernas desde Granada hasta aquí’, señala Hismenia sus muslos redondos y blandos [...]. Lo trajo vuelto huesos en una chita de cartón que se sacudía con cada remezón del bus. Lo arrulló durante las doce horas que tardó para venir de Granada a Puerto Berrío pasando por Medellín. Lo sacó de donde yacía como ene ene para, teniéndolo ya cerca, abreviar el tormentoso camino de devolverle el nombre (Nieto 81).

La escena posibilita comprender esa elaboración a la que refiere LaCapra en la experiencia de esta madre que solo encuentra consuelo cuando logra devolverle la identidad a su hijo. La cronista consigue, a partir de una exhaustiva investigación, dar cuenta de las consecuencias del conflicto en las personas y en el territorio con datos e informaciones objetivas, pero sin restringirlas a aseveraciones referenciales que implican reivindicaciones de verdad, como se plantea en *Los escogidos*:

La gente de Granada comenzó a huir. De los veinte mil habitantes que se contaban en el año 2000, solo cuatro mil permanecían allí tres años más tarde. En los primeros cinco años del siglo XXI, miles de granadinos abandonaron fincas y ganado, casas y negocios; cuatrocientos fueron asesinados selectivamente y de ciento veintiocho no se conoce su suerte. Figuran en la lista de desaparecidos (Nieto 85).

La escritura considera los hechos sin subordinar a estos su contenido, trasciende de lo particular para comprender ampliamente lo sucedido en una historia colectiva de los habitantes de la región.

El cuarto capítulo cierra con la única crónica sobre un hombre que vemos en la fotografía que precede a la narración, moreno, de bigote espeso y con la cabeza inclinada, vestido con una capa negra oscura que lleva la imagen de un cráneo entre dos huesos cruzados, culturalmente reconocida como símbolo de la muerte. Este hombre es el animero, cada primero de noviembre es el encargado de sacar a su paseo anual a las ánimas del cementerio. Los devotos lo siguen en su recorrido por las calles principales del pueblo. La descripción de estas escenas de la cronista como observadora externa, que se identifica con la creencia profesada por quienes fielmente realizan los rezos y el recorrido anual, quienes están comprometidos con esas almas para ofrecerles las oraciones necesarias para ser admitidos en el reino de los buenos. La escritora no toma una postura crítica o condescendiente frente a estos rituales particulares relacionados en ocasiones con la superstición, al contrario, alude a su falta de experiencia en estas expresiones del culto.

Igual que *Los escogidos*, *Llanto en el paraíso* es un libro que puede ser analizado desde los postulados de LaCapra y Poblete, en este texto hay un profundo ejercicio de memoria que privilegia la estructura coral, a través de historias relatadas por mujeres del campo, en ellos queda la evidencia de los rigores del conflicto armado colombiano. El primer apartado del libro es una presentación de Nieto, que se denomina Declaración de amor y es una muestra de principios de la autora como cronista, un tratado en el que indica esa cercanía con las víctimas, su posición política en favor de los que han sufrido el drama de la guerra. Después hay tres capítulos: *La pasión según Caicedo*, *La última florecita nutabe* y *Los vencidos: cuando el hogar es otro país*, en los textos se enfatiza en las consecuencias que la violencia ha traído para los pueblos y las personas en Colombia, están los desplazamientos forzados y las tomas guerrilleras, los enfrentamientos entre el Ejército, la guerrilla y los paramilitares, en fin, la destrucción de estos lugares. En este libro no solo se evidencia el rigor investigativo que la crónica conlleva, también la disposición de la cronista para escuchar al personaje, para entender su vida sin ideas preconcebidas, tal como sucede en *La última florecita nutabe*, en la que Nieto logra una particular intimidad con la protagonista:

[...] yo iba pensando que la vida de ella estaba atravesada por el conflicto [...] viajé con ella en el bus. Esa noche yo llegué y me hospedé en un hotelito allá y ella me dijo que no se quería ir donde la mamá porque vivía en la parte de abajo del pueblo [...]. Entonces yo la invité y dormimos en la

misma pieza, [...] hablamos toda la noche. Fue ahí cuando me di cuenta de que para ella lo importante era el amor y no la violencia [...]. La violencia era una cosa que pasaba ahí [...] pero su drama era la maternidad y los novios y los maridos y todo eso [...]. Ahí ella llega a contar, a hacer confidencias de su vida sexual, de su intimidad. Eso no lo consigue uno en dos horas de entrevistas (Nieto s/p).

La cita permite comprender el método de trabajo de la cronista, en el que es muy importante el tiempo que se dedica a compartir con el personaje, la necesidad de ganarse su confianza y mostrarle su respeto “[...] los testimonios sirven para poner en contacto permanente las preocupaciones teóricas con la experiencia de la gente que vivió los sucesos en carne propia y a menudo sufrió pérdidas devastadoras. También plantean la cuestión del papel que desempeña el afecto y la empatía en la comprensión de la historia” (LaCapra 22). En la crónica de Patricia Nieto está la intención de particularizar el dolor, de darles un rostro humano a las informaciones, por eso se concentra en la historia de personajes específicos, para que el lector se pueda sentir identificado. Al describir con detalle su resistencia, nos acerca al personaje, nos hace sentir una empatía que condiciona nuestra reacción frente al desenlace.

Uno de los aspectos importantes de la crónica es que no tiene la opinión explícita de los cronistas; pero gracias a la organización de la información, a lo que se incluye y lo que se deja por fuera, el autor conduce las reacciones de los lectores. Esto es parte del componente subjetivo que le es propio. Dentro de las historias de Nieto hay ejemplos de resistencia y el reflejo de las particularidades de un conflicto en el que las víctimas quedaron en la mitad de los diferentes bandos armados y recibieron sentencias de muerte por apoyar al bando contrario:

Fanny Arboleda, una eficiente negociante de Caicedo, fue reconocida entre la multitud. A empujones la sacaron del marco de la plaza y la tiraron contra un muro. La iban a matar, como a otros, por responder a las extorsiones de la guerrilla. Su juicio duró apenas unos segundos y cuando uno de los hombres se disponía a dispararle, un joven aguerrido se interpuso entre victimario y víctima. A pesar de la agresividad de su aparición, de su boca no salieron insultos sino súplicas. Edwin Mariaca pedía que le perdonaran la vida a su madre con tal turbación que los paramilitares decidieron cambiarle la sentencia de muerte por la de destierro. Para salvar su vida, en menos de doce horas la mujer debía abandonar, con todos los suyos, el pueblo (Nieto, *Llanto en el paraíso* 25).

El lector está presente en el lugar de los acontecimientos, gracias a las escenas siente el drama de las personas inmersas en el conflicto. Por *Llanto en el paraíso* desfilan una serie de personajes que han sido marcados por la violencia, estos tienen nombre propio e involucran el dolor, a través del tratamiento estético que nos permite acompañar el dolor de las víctimas como Claudiano González, quien fue asesinado en plena plaza y su hija lo encontró después de que le dispararan con un fusil en cabeza:

La niña acariciaba el cuerpo de su padre muerto cubierto con la ruana que minutos antes lo protegía del frío y sollozaba con un llanto ahogado en la garganta. A veces, antes de que las lágrimas aparecieran, sacudía a su papá con la esperanza de resucitarlo, como él le contó que había zarandeado a su abuela cuando se le murió en los brazos siendo apenas un niño. (Nieto *Llanto en el paraíso* 36).

En estas reflexiones podemos entender que algunas regiones colombianas están “enfermas de geografía”, su ubicación privilegiada ha hecho que los diferentes actores armados hayan querido controlarlas y se hayan disputado su dominio por medio de la violencia. El libro describe, desde la perspectiva de sus habitantes, cómo este pueblo fue atacado cuatro veces en dos años, entre 1995 y 1997, tres veces por la guerrilla y una por los paramilitares (ACCU).

Un enfoque similar es el que presenta la última crónica del libro, *Los vencidos: cuando el hogar es otro país*, con el testimonio de mujeres que después de trasegar por distintos territorios antioqueños confluyen con sus familias en un mismo barrio de invasión en Medellín. Desplazadas junto a sus familias por la violencia, describen con sus experiencias de vida una historia común que las une cuando a partir de la década del sesenta emigran de Peque, un pueblo signado por la lucha entre liberales y conservadores. Sumidos en la pobreza colonizan los territorios del río Mulatos en Urabá. El contexto de la crónica ubica al lector en un tiempo y espacio concreto, con datos claros sobre la geografía, la llegada del progreso que prometía la United Fruit Company en 1960, con el desarrollo de las plantaciones bananeras y de la ganadería, pero también con la de los agricultores como migrantes pobres desplazados por la Violencia de mediados de siglo.

Lo mismo vivieron otras familias de Salgar en la que también arreció la violencia entre liberales y conservadores en la década del 50 y más tarde, el dolor traído a sus hogares por los grupos guerrilleros. Todos se encontraron en la Cruz, barrio de invasión en Medellín donde conocieron de cerca la otra violencia, la que se presenta en la ciudad entre las pandillas de las ciudades y las milicias urbanas en la década

del 80, estas familias muchas veces fueron doblemente desplazadas o doblemente víctimas del conflicto. Se presenta un recorrido histórico por la fundación de barrios marginales que se multiplicaron entre la década del sesenta y setenta “[...] se fundaron cuarenta barrios piratas que reventaron la capacidad de prestación de servicios públicos instalada en la ciudad: Los planes de desarrollo no contaban con los nuevos habitantes [...] para ellos no había acueducto ni energía ni vías de comunicación” (Nieto *Llanto en el paraíso* 181).

Es un texto que relata no solo la historia de las guerras políticas, sino las distintas violencias que a partir de esta confrontación surgieron. Las consecuencias y nuevas manifestaciones de la violencia sufridas por los que huyen de las zonas rurales y que tienen que ver con la colonización y el desarrollo de zonas como Urabá, el crecimiento urbano del Departamento, el ensanchamiento de las periferias en Medellín, todas suscitadas por el desplazamiento forzado o la pobreza.

En estos fragmentos de *Los escogidos* y *Llanto en el paraíso* de la cronista colombiana queda clara esta relación entre territorio y violencia, a través del drama de unos personajes particulares. Gracias a la crónica, las víctimas contribuyen a darle un contexto a esta circunstancia histórica en la que se desarrollan los relatos. Se denota en Patricia Nieto un conocimiento profundo de la realidad colombiana, el respeto por los personajes y una mezcla entre información y tratamiento estético necesarios para la compleja construcción de la crónica.

Conclusiones

Las crónicas de Patricia Nieto representan un trabajo necesario para conocer lo que realmente ha sucedido en Colombia, sobre todo porque en sus crónicas existe una conciencia de la necesidad de una investigación rigurosa y hay un código ético estricto frente al respeto que se debe tener por las víctimas. En las crónicas que pueblan los dos textos analizados se deja un testimonio concreto y contundente de lo que ha sucedido con los que han sufrido el conflicto armado colombiano. Esta es una característica de la crónica contemporánea, no solo en Colombia, sino en toda América latina.

La crónica es un género intermedio entre las dos clasificaciones descritas por Augusto Escobar en la literatura que trata el tema, la *de* la violencia y *sobre* la violencia, ya que no se desliga de su afán testimonial, pero guarda un respeto y un rigor por la forma en la que son presentados los contenidos, en ella hay un doble compromiso con lo informativo y con lo estético.

De acuerdo con las estrategias planteadas por Patricia Poblete, la cronista sitúa, a través de los testimonios de las víctimas, los hechos concretos en el devenir histórico que trasciende lo coyuntural de estas experiencias. Asimismo, en las representaciones de la violencia que plantea la obra de Patricia Nieto Nieto es fundamental el contexto histórico expresado a partir de recursos narrativos como la descripción del fenómeno, de las situaciones y de los lugares en los que se presentó. En la configuración de personajes reales inmersos en situaciones que desbordan la experiencia de la mayoría y, por ello, no deben convertirse en estereotipos sino mostrar su complejidad humana al expresar sus puntos de vista por medio de un delicado equilibrio narrativo con la subjetividad misma del cronista, que se cuenta a través de un punto de vista y que tiene claro el compromiso con el tratamiento estético.

En sus crónicas hay una posición política clara, propia de la crónica, que narra desde la perspectiva de las víctimas, les da una voz y retrata los abusos que han cometido todos los actores del conflicto. De esta manera, están relacionadas con los planteamientos de Dominick LaCapra respecto a temas como el Trauma histórico, el *acting out*, la elaboración y sus textos se convierten en lo que este autor denomina “narrativas experimentales”, que permiten explorar los efectos postraumáticos que quedan en las víctimas del conflicto y que permite a los lectores empatizar con su drama.

En Patricia Nieto no se da una escritura subordinada al contenido constituido por hechos, por su narración o por su análisis. A partir de estos relatos particulares se trasciende y se le aporta a la comprensión de una historia colectiva, con una posición crítica que rescata la experiencia y que considera la empatía tanto del autor como del lector como un elemento relevante para la comprensión histórica de la violencia, que se cuenta con las herramientas formales que ha sido tradicionalmente asociadas a la literatura de ficción.

Obras citadas

- Cándido, Antonio. *A vida ao résdo-chao. Para gostar de ler, vol. V, Crónicas*. Atica, 1980.
- Caparrós, Martín. *Por la crónica*. 2007: <http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparrros_martin.htm,2012.>
- Cepeda Samudio, Álvaro. *Antología*. Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- Chillón, Albert. *La Palabra facticia. Literatura periodismo y comunicación*. Universitat Autònoma de Barcelona, 2015.
- Donado, Donaldo. *Crónica anacrónica. Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia*. Editorial Panamericana, 2003.
- Escobar Mesa, Augusto. *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Universidad Central, 1997.
- Escobar Mesa, Augusto. “Literatura y violencia en la línea de fuego”, *Literatura y cultura Narrativa colombiana del siglo XX*. Vol. II, Comp. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Robledo. Ministerio de Cultura, 2000: 321-338.
- Franco Altamar, Javier. “El concepto de la crónica: una mirada desde los aportes de las ciencias sociales y humanas”. *Correspondencias & Análisis*, 9: 127-153
- García Márquez, Gabriel. “Dos o tres cosas sobre la novela de la Violencia”. *La calle*, 2, n°103:12-13.
- González Rodas, Pablo. *Colombia: Novela y Violencia*. Secretaría de cultura de Caldas, 2003.
- FNPI. Encuentro de Nuevos Cronistas de Indias. <<https://fundaciongabo.org/es/llegaron-los-nuevos-cronistas-de-indias,2008.>>
- LaCapra, Dominic. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Nueva Visión, 2005.
- Laverde, Alejandra et al. *De la novela colombiana al cine*. Universidad de Medellín, 2013.
- Nieto, Patricia. *Llanto en el paraíso. Crónicas del conflicto armado en Colombia*. Editorial Universidad de Antioquia, 2008.
- Nieto, Patricia. *Los escogidos*. Medellín: Sílabas Editorial, 2005.
- . *Entrevista personal*. Medellín, 2013.

- Palau-Sampio, Dolors. “Las identidades de la crónica: hibridez, polisemia y ecos históricos en un género entre la literatura y el periodismo”. *Palabra Clave*, 21: 191-218.
- Poblete, Patricia. “Crónica narrativa latinoamericana actual: los límites de lo real”. *Literatura y Lingüística*. Número 40. <<http://dx.doi.org/10.29344/0717621x.40.2062>.>
- Restrepo, Laura. “Niveles de realidad en la literatura de la “violencia” colombiana”. *Once Ensayos sobre la violencia*. Ed. Martha Cárdenas. Fondo editorial CEREC, 1985.
- Puerta, Andrés. 2017. “Crónica latinoamericana. ¿Existe un Boom de la no ficción?”. *Estudios sobre el mensaje periodístico*. 23 (1): 165-178.
- Puerta, Andrés. “La mirada del cronista”. *El método de Alberto Salcedo Ramos*. Medellín: Universidad de Medellín, 2017.